

CAMPO Y CIUDAD EN EL CONTEXTO HISTORICO LATINOAMERICANO

PAUL SINGER *

INTRODUCCIÓN

Para que se pueda tener una idea adecuada del papel que desempeñaron campo y ciudad en el contexto histórico latinoamericano, es preciso abandonar la distinción formal ecológico-demográfica entre las dos categorías. Admitir un límite cualquiera del tamaño de la población o de densidad demográfica para distinguir campo y ciudad sólo tiene sentido en una situación histórica dada. Si el problema consiste en analizar campo y ciudad a lo largo de un período histórico, el criterio formal debe ser sustituido por una noción más amplia y multiforme. Esta noción debe ser simultáneamente política y económica y partir de una división de poderes y de actividades entre campo y ciudad.

Así se puede admitir que el poder político nacional y regional debe tener por sede una base urbana. En la medida que el ejercicio del poder requiere de la existencia y el uso de un aparato administrativo y de la fuerza armada se impone la reunión, en un mismo lugar, de un cuerpo de funcionarios, civiles y militares que, de esta manera, "crean" la ciudad, cuando ésta no preexiste. El poder político en el campo es necesariamente descentralizado, abarcando un área mucho más limitada. El poder local lo ejercen quienes poseen la propiedad de la tierra, o los representantes del poder central. En ese sentido, campo y ciudad, se distinguen por el ámbito

y por la naturaleza del poder que en ellos encuentra abrigo.

La ciudad, que tiene la sede del poder como una de sus principales razones de ser, domina políticamente al campo, imponiéndole su autoridad y su ley. En estos casos, la ciudad sede del poder, recibe un flujo de recursos del campo, generalmente en forma de tributos, parte de los cuales, por lo menos, es retenido en ella y sirve de sustento a una parte de la población urbana.

Desde el punto de vista económico, la división del trabajo entre campo y ciudad se caracteriza, en un nivel elevado de abstracción, por la ausencia de actividades primarias-agrícolas y extractivas en la ciudad. Ese tipo de actividades requiere, por lo general, de una utilización extensiva del espacio, incompatible con la ocupación más densa del terreno que caracteriza a la ciudad. Las explotaciones mineras pueden constituir una excepción a esta ley, pero apenas en términos relativos. Cuando núcleos de mineros llegan a constituir una ciudad ocurre lo mismo: se realiza la actividad extractiva, por lo general, fuera de los límites urbanos. Tampoco se puede desconocer la presencia de ciertas actividades agrícolas en las ciudades. Ellas son, no obstante, practicadas en la periferia del área urbana y constituyen por lo general, actividades poco importantes en el contexto citado.

Por lo tanto, en la medida que la economía urbana excluye el contacto directo con la naturaleza, la ciudad no puede ser económica-

* Profesor investigador Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP).

mente autosuficiente y, de hecho, casi nunca lo es. El campo, por el contrario, incluye entre las actividades que se realizan en él, las primarias, lo que le permite, en principio, ser económicamente autosuficiente. De esta manera, la ciudad depende prácticamente siempre del campo para su subsistencia, mientras que el campo sólo depende de la ciudad: a partir de un cierto grado de especialización de las actividades que en él se desarrollan.

Más específicamente, cuando en el campo la actividad primaria se torna la única —o casi—, el campo pasa a depender de los productos de la ciudad de la misma manera como ésta depende de los productos del campo.

Ciudad y campo constituyen, de esta manera, dos modos distintos de organización de la vida social¹. La ciudad, para poder subsistir, tiene que dominar al campo, para extraer de él un excedente. Este dominio puede ser político, incluyendo en este concepto la dominación ideológica. Caen en este caso, por lo tanto, las ciudades que se forman alrededor de un centro religioso. Los tributos de los campesinos aseguran, en esas circunstancias, la vida de la ciudad mientras se produce una auténtica interdependencia económica entre campo y ciudad. Esta situación sólo se configura como la forma generalizada de relación entre campo y ciudad a partir de la Revolución Industrial y, entonces, la división del trabajo entre campo y ciudad se define a partir de la dinámica de la economía urbana. En su seno se forjan las innovaciones técnicas, inclusive las que afectan las actividades típicas del campo, esto es, las agrícolas y las extractivas. No está de más, por eso mismo, hablar de un dominio del campo por la ciudad, dominio que se torna más completo cuando se agrega al aspecto político el económico.

En este trabajo se pretende examinar las transformaciones ocurridas en las relaciones entre campo y ciudad en el contexto histórico

latinoamericano. Las limitaciones de tiempo y espacio imponen que el examen se haga en un nivel algo elevado de abstracción: se pretende apenas distinguir algunas transformaciones típicas que ocurrieron en ciertos lugares y en determinados contextos históricos.

No se intentará evaluar en qué medida tales transformaciones pueden ser generalizadas, pero se hará un énfasis mayor en los memismos que las condicionaron.

DE LA CIUDAD DE LA CONQUISTA A LA CIUDAD COMERCIAL

El sistema económico implantado por los europeos en lo que sería más tarde la América Latina tenía por objetivo general la obtención de un excedente comercializable. Esto es lo que confería sentido a la colonización. La empresa militar y evangelizadora tenía por objetivo inmediato establecer, en tierras americanas, un modo de producción capaz de producir un excedente que pudiera ser apropiado por las metrópolis y vendido rápidamente en los mercados europeos. Para alcanzar este objetivo era imprescindible reordenar las relaciones de producción, donde fuera factible, o introducir nuevas relaciones de producción donde fuese necesario, a modo de asegurar: a) la producción de un valor mayor que el necesario a la subsistencia de los productores directos, y b) que los bienes que compusieran el excedente fueran valores de uso demandados efectivamente en Europa.

La primera condición impuso soluciones diferentes conforme al grado de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado por las sociedades indígenas. Ahí donde este grado era suficientemente elevado, como en México y en el Perú, se establecieron relaciones de producción de tipo servil, que permitieron a los colonizadores extraer un excedente bajo la forma de renta —trabajo (la mitad) o bajo la forma de renta— producto (la encomienda). En otras partes, como en Brasil, donde el desarrollo de las fuerzas productivas de los indígenas era insuficiente para permitir la producción sistemática de un excedente, parte del suelo fue expropiado directamente, estableciéndose en él la gran hacienda azucarera trabajada por esclavos. De esa manera, se creó en varios lugares del continente aquello que sería una marca específica de la economía colonial: un

¹ Así ha sido, por lo menos hasta las últimas décadas cuando al impacto de la especialización y del avance tecnológico llegó a la agricultura en los países más avanzados, suscitando una verdadera "urbanización" del campo. En la medida que estos cambios lleven a la desaparición del campesinado (proceso que no parece haber terminado todavía en ningún país), tiende a desaparecer también el "campo" como forma distinta de organización de la vida social.

sector de mercado externo especializado en la producción de mercancías destinadas al exterior, dominado por las metrópolis.

La segunda condición era más difícil todavía de satisfacerse previamente, debido a la limitada capacidad de consumo de las economías europeas, donde la gran mayoría de la población todavía permanecía en comunidades rurales casi autosuficientes. El plus producto que se extraía de estas comunidades bajo la forma de un excedente de alimentos, servía para mantener a una población urbana limitada, formada por artesanos y un gran número de consumidores, improductivos: soldados, funcionarios, sacerdotes, comerciantes, dignatarios. Los aristócratas vendían parte de sus productos en especie y compraban los productos de los artesanos, en gran parte bienes de lujo.

Dobb² llama la atención hacia el hecho de que, durante la segunda mitad del siglo XVI y por lo menos hasta la primera mitad del siglo XVII, hubo una fuerte caída en los salarios reales, tanto en Inglaterra, como en Francia, Alemania y Holanda. Dada la gran expansión mercantil de aquella época (de la cual la colonización de América fue una de las facetas más importantes) se pregunta: "¿Cómo, en tales circunstancias —si el consumo real de las masas declinó—, pudo el nivel de precios haber subido hasta permitir que las ganancias elevadas durante el período (dependientes esencialmente del margen entre precios y salarios monetarios multiplicado por el movimiento de las mercancías) se efectuasen con éxito? En otras palabras, ¿de dónde la venta en expansión? La respuesta es obviamente el gasto de las clases ricas, favorecidas por la concentración de renta. Muchas de las industrias en expansión de ese período se destinaron al consumo de lujo de quienes se encontraban en situación mejor".

No era fácil encontrar, en esas circunstancias, valores de uso en que se pudiera fijar el excedente extraído de las colonias. Además, las actividades artesanales, que reemplazaban a los bienes de lujo, eran defendidas celosamente de toda competencia externa por reglamentos corporativos y mercantilistas. Escri-

biendo sobre la vida urbana en Europa de 1750, Dietz³ dice: "Los niveles más elevados de vida, en la corte, que alcanzaron su apogeo en Versalles, afectaron a todos los grupos de la población. Estaban basados en gran medida con el uso de nuevos productos de origen colonial, tales como chocolate, té, café, azúcar, especias, maderas, colorantes, tabaco, sedas, tejidos de algodón, joyas, mobiliario fino, porcelana, tapices orientales, esclavos y pieles". No hay duda de que varios de los artículos mencionados, joyas, muebles, sedas, tapices, eran fruto del trabajo artesanal. Pero, es revelador que tales bienes venían de Asia, donde la penetración europea, en aquel tiempo había apenas establecido enclaves comerciales y no de América, donde españoles y portugueses asumieron el control político de las sociedades indígenas. En el fondo, los artículos asiáticos no eran propiamente coloniales⁴, siendo el resultado de un intercambio comercial entre economías que intercambiaban excedentes destinados al consumo de las clases dominantes. Esos artículos, provenientes de la India, China y otras partes del Extremo Oriente eran fruto de tradiciones culturales diferentes a las europeas, lo que se expresaba bajo la forma de valores de uso distintos a los producidos por el artesanado europeo, con el cual no competían. En América, no obstante, el colonizador no encontró un artesanado igualmente desarrollado capaz de producir valores de uso que despertasen nuevas necesidades de lujo en la aristocracia europea.

En esas circunstancias, pocas alternativas permanecían abiertas al conquistador. Una era la obtención del excedente comercializable en oro y plata; metales que ya eran ampliamente utilizados como material monetario en Europa, gozando por ello de enorme liquidez. Los metales en oro y plata podían ser rápidamente transformados en cualquier otro valor de uso

3 Dietz, F. C., *The industrial revolution*. New York, Holt, 1927, p. 5.

4 Consideramos artículos coloniales los productos provenientes de economías coloniales cuyo sector de mercado externo está inserto en una división del trabajo que lo vuelve complemento de la economía metropolitana, sin competir con actividades que se desarrollan en ésta. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se completa la conquista británica en la India, las manufacturas de este país son deliberadamente sofocadas para abrir camino a la penetración de los productos industriales ingleses. Este hecho ilustra bien la lógica económica de la colonización europea.

2 Dobb, M., *A evolução do capitalismo*. Rio Zabar, 1965, p. 153.

existente en el mercado. A esa ventaja, ya de por sí decisiva, se añadía el hecho de que los metales preciosos poseían una elevada densidad de valor, o sea, su valor de cambio se fijaba en cantidades comparativamente muy reducidas en términos de volumen y peso, lo que reducía considerablemente la incidencia de los costos de transporte. En el mismo sentido actuaba también otra característica de los metales preciosos: su inalterabilidad en el tiempo, lo que les confería una evidente superioridad frente a otros bienes más perecederos. Era, pues, bastante racional el entusiasmo con que españoles y portugueses se lanzaron en busca de áreas que tuvieran depósitos explotables de oro y plata. Los primeros que tuvieron éxitos, principalmente en Nueva España (México) y en el Perú, organizaron sectores de mercado externo dedicados casi exclusivamente a la producción de aquellos metales. Los portugueses sólo acabarían descubriendo depósitos auríferos en Brasil a partir de las postrimerías -del siglo xvii. Antes de eso organizaron en el noreste brasileño la producción de azúcar en grandes haciendas con base en el brazo esclavo importado de África. El azúcar era un producto "nuevo", que sustituyó a la miel en la dieta de las clases ricas y ya había sido introducido en el mercado europeo anteriormente por los portugueses, que dominaban su técnica de producción.

Por curioso que parezca, durante los dos primeros siglos de la colonización, el sector de mercado externo en toda América Latina, se mantuvo extremadamente especializado. Todo excedente tomaba la forma de oro, plata, azúcar. Las demás exportaciones fueron insignificantes. En el siglo xviii hubo una diversificación algo mayor: al lado de aquellos productos, que incluso entonces no pierden la primacía, aparecen con cierta relevancia en las tarifas de exportación, el cacao (sobre todo en Venezuela), el algodón (principalmente en México y en el noreste brasileño), el tabaco (en las Antillas y en Brasil) y el cuero (sobre todo en La Plata). Lo que importa aquí es que todas estas actividades eran extractivas o agrícolas, esto es, afectaban directamente al campo. Es verdad que la producción de azúcar requería de actividades manufactureras, pero éstas se realizaban (debido a la poca duración de la caña madura) en ingenios localizados dentro de la propiedad agrícola. De este modo, la conquista y la colo-

nización provocan un reordenamiento relativamente limitado de las actividades primarias, haciendo surgir en cada región, a lo más una actividad especializada orientada hacia el mercado externo. El resto de las actividades primarias fueron, por lo menos en los inicios de la colonización, menos afectadas. Se extraía del campo, generalmente por medios tributarios, un excedente de alimentos, parte del cual se destinaba a sostener a los trabajadores (siempre forzados: siervos o esclavos) del sector de mercado externo. De esta manera se organizó un sistema que permitía explotar simultáneamente a los trabajadores contratados en el sector de mercado externo y aquellos que permanecían en el sector de subsistencia. El excedente así obtenido era apropiado en parte por la Corona, bajo la forma de impuestos; en parte por los mercaderes, que disponían de posiciones monopolísticas y, finalmente, por aquellos que sustentaban el nuevo orden colonial: soldados, funcionarios, sacerdotes.

En este sistema, el papel económico de las ciudades era esencialmente estéril. No se había establecido una verdadera división del trabajo entre campo y ciudad. Esta absorbía una parte del excedente extraído del campo, pero no le proporcionaba, en cambio, nada que tuviese valor económico. No por eso dejó la ciudad colonial de desempeñar un papel esencial en la constitución y después en la preservación del sistema colonial. Su papel consistió esencialmente en concentrar y, de esta manera, reforzar la fuerza de persuasión y la fuerza de coerción de la metrópoli en el cuerpo de la sociedad colonial. El instrumento básico de la fuerza de persuasión era la Iglesia, el de la fuerza de coerción de los cuerpos del ejército y la burocracia civil. Ambos, para ser eficaces, necesitaban de una base urbana. Como reconoce Gibson⁵: "Si los españoles utilizaron la estructura política sobreviviente de la sociedad nativa en el mantenimiento de su propio control, esto tuvo que ser hecho presumiblemente a partir de centros urbanos equivalentes".

⁵ Gibson, C., "Spanish-Inclian institutions and colonial urbanism in New Spain". (In Hardoy & Schaedel, eds., *El proceso de urbanización en América desde sus orígenes hasta nuestros días*. Buenos Aires, Editorial del Instituto, 1969, p. 226).

En Nueva España como en Perú, las sociedades precolombinas ya estaban organizadas de modo de poder asegurar una transferencia sistemática de excedente del campo a la ciudad, sede de la clase dominante sacerdotal. Los españoles heredaron esta organización y trataron de utilizarla para sus propios fines. Establecieron para ello ciudades de españoles en las orillas de las comunidades indígenas transformadas en encomiendas. En el caso específico de la ciudad de México, ella fue fundada en el sitio de la antigua capital azteca Tenochtitlan, con el fin de heredar sus funciones. En las palabras de su fundador, Cortés: "Así como esta ciudad fue antes el señor y la amante de todas estas provincias, así la será en el futuro". En Brasil los portugueses no encontraron una civilización urbana preexistente y por eso tuvieron menos urgencia en organizar la explotación colonial a partir de bases urbanas. Pero cuando el orden esclavista hechó raíces finalmente, y la economía basada en ella prosperó, el problema esencial de mantener a los esclavos sometidos a la hacienda pasó a requerir de fuerzas de represión concentradas en centros urbanos. La formación de quilombos* de esclavos fugitivos —verdaderas comunidades autónomas establecidas en tierras desocupadas y que ofrecían a los cautivos una alternativa de libertad— representó una amenaza cada vez mayor a la estabilidad del sistema. Hubo quilombos en todas las áreas y en todas las épocas donde predominó la esclavitud en Brasil. Los más grandes llegaron a imponerse a los poderes locales, asaltaban haciendas y liberaban a los cautivos, admitiendo inclusive indios hostiles a los colonos. El mayor y el más célebre de los quilombos —el de los Palmares— duró casi un siglo y llegó a contar con 20.000 habitantes. La continua lucha contra los quilombos, condición *sine qua non* para la preservación del orden esclavista, demandaba tropas que sólo podían ser reclutadas, armadas y aprovisionadas, con recursos concentrados en las ciudades. La concentración del excedente en la ciudad era la única manera de reunir recursos que podían ser usados para la movilización de fuerzas capaces de defender el sistema de explotación colonial de las amenazas internas y externas⁶.

* Casa donde se ocultan los negros fugitivos (n. t.)

6 "En todas las partes de la colonia donde surgía la agri-

Pero la ciudad desempeñaba un papel estratégico no sólo en el mantenimiento del sistema de explotación, sino también en la repartición del excedente. La parte que correspondía a la Corona era recolectada por un sistema fiscal de base Urbana. El resto era repartido entre los mercaderes que disponían en general, de posiciones monopolistas y la Iglesia que desempeñaba no pocas veces funciones de capitalista financiero. Es claro que la apropiación de los excedentes por sus beneficiarios "legales" no era, por regla, pacífica. Los socios se veían constantemente amenazados por la acción de contrabandistas y corsarios. Para cohibir esta amenaza, el excedente de varias áreas era concentrado en pocos puntos, más fáciles de fiscalizar y de defender. De ahí la importancia de las dos grandes capitales mineras —México y Lima— en el imperio hispánico, así como la transferencia de la capital del imperio luso-americano hacia Río, en el siglo XVIII, cuando esta ciudad se convirtió en el único escurrimiento permitido del oro de las Gerais.

De esta manera, surge en América un sistema urbano creado con el objetivo básico de sostener el sistema de explotación colonial. La ciudad de la conquista se implanta como punto fortificado a partir del cual se irradia el poder colonizador, sometiendo a las poblaciones indígenas a la autoridad política del rey e ideológica de la Iglesia, expropiando y redistribuyendo tierras, aniquilando quilombos, reprimiendo el contrabando y las incursiones de corsarios y de fuerzas colonialistas rivales.

Pero si la red urbana creada por la conquista se limitaba a desempeñar estos papeles, ella se constituyó en piedra angular de un sistema que, poco a poco, pasó a desarrollar las fuerzas productivas, lo que no dejó de acarrear una gradual ampliación y diversificación de sus funciones. El punto de partida de este proceso fue, probablemente, la propia expan-

cultura y la esclavitud, aparecían luego los quilombos llenando las selvas y poniendo en sobresalto a los señores de tierras", Moura, C., *Rebelioes da Senzala*, Sao Paulo, Zumbi, 1959, p. 69. Consúltese el mismo autor para un amplio relato de las luchas de los negros contra la esclavitud en todo Brasil y de las formas de represión utilizadas —entradas, banderas y expediciones policiales— prácticamente siempre por iniciativa de los virreyes, gobernadores y amarras municipales, esto es, del poder que tenía su sede en áreas urbanas.

sión de los sectores de Mercado Externo, en los cuales se incorporaba un volumen creciente de trabajadores que producían un excedente cada vez mayor. En la segunda mitad del siglo XVII, el monopolio luso-brasileño del mercado de azúcar se rompió con el surgimiento de un próspero competidor en las Antillas. En compensación, el monopolio español de la producción de metales preciosos fue aniquilado durante la primera mitad del siglo XVIII por el descubrimiento de grandes yacimientos auríferos en el Brasil.

Como ya se mencionó antes, la expansión de las fuerzas productivas en Europa, que a partir del siglo XVIII abrió mercados para nuevos productos coloniales, lo que permitió que áreas hasta entonces intocadas o relegadas a una miserable economía de subsistencia pudieran ser incorporadas al sector de Mercado Externo, tenía que repercutir sobre el sector de subsistencia. Por principio, desastrosamente: la creciente demanda de mano de obra fue precisamente una de las principales causas de la terrible mortandad de indígenas durante los dos primeros siglos de colonización, que en muchas áreas alcanzó proporciones de hecatombe⁷. El cuasi exterminio de poblaciones enteras tenía que llevar, forzosamente a una regresión de las fuerzas productivas, principalmente ahí donde habían obtenido mayor desarrollo: entre los aztecas y los incas. Pero a partir de un punto considerablemente más bajo, las fuerzas productivas del sector de subsistencia volvieron a crecer. El sector de mercado externo se constituyó en un mercado en fuerte expansión que ya no pudo seguir sosteniendo por el excedente arrancado a las comunidades indígenas depauperadas mediante las encomiendas. Los portugueses, que nunca pudieron contar con un excedente de alimentos obtenido de esa manera, establecie-

ron desde el principio haciendas de ganado en el Sertao* del noreste capaces de suministrar mediante el intercambio comercial, un excedente de alimentos a los ingenios azucareros de la costa. En México los sistemas de encomienda y de repartimiento fueron paulatinamente complementados primero y sustituidos después por la hacienda colonial, cuyos trabajadores, nominalmente libres —los peones— estaban de hecho adscritos a la tierra mediante las instituciones de endeudamiento perpetuo. El siglo XVIII y el siglo XIX, todavía más asisten a una continua expansión de la hacienda productora de excedente de alimentos y de animales de tracción. Por todas partes en América Latina surgen las estancias de ganado: en el Sur de Brasil, en las pampas platenses, en las planicies venezolanas (llanos) así como en Colombia, Cuba, etc.

El latifundio de subsistencia expande las fuerzas productivas agrícolas básicamente porque se destina a producir un excedente que es vendido, esto es, que le es devuelto bajo la forma de moneda, valor intercambiable. Su producción entra en un círculo de cambio, lo que le permite cierta especialización. Es claro que este desarrollo tiene límites muy estrechos: las técnicas de producción continúan primitivas, la mayor parte del excedente es desperdiciado, en lujos inconcebibles, por la nueva élite de "criollos" en Europa o en las ciudades principales. Sin embargo, es innegable que ocurrió cierto avance. Aguilar Monteverde⁸ cita abundantes documentos que testimonian que hubo progresos sensibles en la agricultura mexicana a fines del siglo XVIII y comienzos del siguiente. Donghi⁹ ofrece indicios de que un desarrollo análogo ocurría en Chile, en la sierra del norte peruano y en otras áreas periféricas a la minería.

Comparando la hacienda¹⁰ con la comunidad indígena resalta la superioridad de la primera en cuanto a la producción del excedente.

7 "La hecatombe demográfica que los europeos occidentales desencadenaron cuando entraron en contacto con la población amerindia y le transmitieron enfermedades epidémicas —viruela, sarampión, tifo, principalmente viruela— a personas no vacunadas. La población se estabilizó hasta la primera mitad del siglo XVIII. Aunque haya todavía resistencia en admitir estimaciones recientes de la población del Nuevo Mundo por el hecho de la conquista, no hay duda de que el descenso de la población amerindia alrededor de 1600 fue espantoso. Algunos sostienen que la razón del despoblamiento —la razón de la población antes de la conquista, en relación a la de 1650 era de la magnitud de 20 por uno, tal vez más". Stein, S. J. & Stein, B. H., *The colonial heritage of Latin-America*. Oxford, Oxford University Press, 1970, p. 65.

* Sertao, lugar muy apartado de la costa y de los terrenos cultivados (n. t.).

8 Aguilar Monteverde, A., *La Dialéctica de la Economía Mexicana*, México, Nuestro Tiempo, 1968, pp. 46-50.

9 Donghi, T. H., *Historia Contemporánea de América Latina*. Madrid, Alianza, 1969, pp. 26-7.

10 Distinguimos conceptualmente la "hacienda" de la "plantación", estando, la primera, dedicada sobre todo a la producción de un excedente agrícola comercializable en el mercado interno, mientras que la segunda, se dedica a la producción de productos destinados al mercado externo. En am-

La comunidad sólo produce en la medida en que los tributos lo requieren. La hacienda, por o el contrario, está dirigida por intereses que todo emprenden —operaciones en mayor escala, reducción al mínimo del consumo del trabajador— para lograr la maximización del excedente. El surgimiento de la hacienda puede ser considerado, pues, como el inicio de un proceso de profunda reorganización de las fuerzas productivas en el sector de subsistencia latinoamericano.

La principal consecuencia de esta reorganización para la vida urbana es que el excedente de alimentos producido por la economías de subsistencia va a animar ahora una vida comercial cada vez más amplia. Por una parte, por la comercialización del propio excedente de alimentos y, por otra, debido a los gastos de la clase señorial en todo tipo de bienes de lujo, generalmente importados. Esta clase señorial, compuesta tanto por plantadores y mineros, que producen para el mercado externo, como por hacendados que producen para el mercado interno, retiene una parte ponderable del excedente colonial que se gasta, en su mayor parte, dentro de la colonia. Esta pasa a absorber un volumen cada vez mayor de mercancías importadas de Europa, al punto que las reformas que establecen el libre comercio, en 1778-1782, entre España y sus colonias americanas, implicaron el reconocimiento de que "el tesoro metálico no era el único aporte posible de las colonias a la metrópoli", siendo igualmente importantes "las posibilidades de las colonias como mercado consumidor"¹¹.

Comienza a surgir en las ciudades una nueva clase de comerciantes, financieros (usureros), transportadores. La función comercial* de la ciudad gana cada vez más importancia. En lugar de constituir apenas puntos obligatorios de paso de las mercancías exportadas e importadas, varias ciudades pasan a ser centros importantes de redistribución de mercan-

cías entre diferentes regiones de la misma colonia. Con el advenimiento de mayor libertad de comercio otorgada por España a fines del siglo XVIII y cedida paulatinamente por Portugal —incapaz de resistir las presiones inglesas— una clase de comerciantes extranjeros adquiere peso creciente en la sociedad colonial, Siendo ésta una clase urbana, el predominio de la ciudad sobre el campo se acentúa. En la medida en que algunas ciudades se enriquecen, las comodidades y el brillo de la vida urbana atraen grandes propietarios latifundistas que pasan a residir en ellas, gastando partes crecientes de su renta en servicios urbanos. La ciudad se vuelve, en fin, el sostén de la vida política colonial y la cuna de los movimientos que deflagran la lucha por la independencia, durante el primer cuarto del siglo XIX. Son ciertos intereses comerciales urbanos, afrontados por las tentativas de recolonización después del fin de la ocupación napoleónica de la metrópoli los que se levantan, unidos a la clase latifundista criolla, primero en Buenos Aires, Caracas, Santiago y Bogotá, contra las autoridades metropolitanas¹².

Es claro que en la América Española, la larga y sangrienta serie de luchas que fueron resultando, no sólo en la independencia, sino también en la fragmentación del continente en numerosas naciones, acaban por movilizar a las masas rurales, mucho más importantes numéricamente, lo que imprime a la lucha un sello específico. No cabe, en los límites de este trabajo, entrar en el análisis de todos estos episodios de importancia decisiva para la configuración de la América Latina moderna. Basta resaltar que, al final de todas las peripecias políticas y militares, surge en América Latina un cierto número de naciones, cada una de las cuales está organizada alrededor de un importante núcleo urbano; Argentina en función de Buenos Aires; Chile en función de Santiago; Venezuela en función de Caracas, etc. sería monótono multiplicar los ejemplos. ¿Es interesante preguntarse si podría haber sido

bas había producción para autoconsumo de sus habitantes, pero ésta, en general, es más importante en la "hacienda", de cultivos más variados y donde los mismos productos (básicamente alimentos y animales de tracción) eran tanto usados como consumidos dentro de ella, como vendidos fuera; en tanto que en la plantación, la producción destinada a la venta es fuertemente especializada (monocultura) y apenas factores residuales —tierras y brazos— son empleados para la producción de bienes para el autoconsumo.

11 Halperin Donghi, T., *op. cit.*, p. 18.

12 Al parecer, los comerciantes del reino, ligados a los antiguos privilegios monopolíticos, favorecían el retorno al estatuto colonial. A ello se oponían, sin embargo, los nuevos intereses comerciales que se desarrollaron bajo la vigencia de *derecho o de hecho* del libre cambio y principalmente los latifundistas criollos, que deseaban la reducción del impuesto de la intermediación. Dentro de las ciudades, la confederación que luchaba por el libre cambio y, por lo tanto, por la independencia, era hegemónica.

de otra manera? Posiblemente sí. Las fuerzas centrífugas, que arruinaron el plan de Bolívar de mantener políticamente unificada la región andina, podían haber producido subdivisiones todavía más extremas. De la misma manera, el antagonismo entre Buenos Aires y las provincias platenses del interior podrían haber desmembrado aún más el antiguo virreinato del Río de La Plata, del cual terminaron resaltando apenas Bolivia, Paraguay y Uruguay.

Tal vez el ejemplo más ilustrativo del proceso sea Brasil, país demasiado vasto para haber surgido simplemente de la polarización de un único centro urbano. Verdaderamente, la unidad política brasileña era un poco más que formal en las primeras décadas de su vida nacional independiente. Importantes movimientos secesionistas estallaron en el nordeste (1824) y en el sur (1835-1848), además de otros menores. Su fracaso se debió fundamentalmente a la capacidad del gobierno central de imponer su autoridad por medios militares, cuya base económica estaba constituida por la centralización, heredada de la colonia, de una gran parte del excedente en la capital. Si no hubiera sido por la preeminencia comercial y financiera del Río, el gobierno central no habría tenido recursos para armar y aprovisionar a los sucesivos ejércitos, que acabaron por sofocar una por una, las insurrecciones locales. Tal vez no sea exagerado decir que fueron las rentas derivadas de las crecientes exportaciones de café el factor decisivo que permitió a la unidad nacional sobrevivir a la prolongada Guerra de los Farrapos¹³.

No tenemos datos que permitan dar validez o invalidar la generalización del proceso brasileño al resto de América Latina. Pero en un plano bien general, es verdad que (des-

pués de conquistar la independencia) en todas partes las fuerzas centralistas, de base urbana, acabaron triunfando sobre las fuerzas autonomistas o federalistas, de base rural. Este triunfo era, al final, una condición necesaria para el establecimiento de la soberanía nacional sobre vastas áreas dispersamente pobladas y muy poco integradas económicamente. Comparando la América Latina de hace 150 años con el África recién descolonizada, lo que impresiona es el hecho de que el proceso de fragmentación nacional no fuera llevado aquí mucho más lejos. La respuesta se encuentra en la capacidad aglutinadora de determinadas ciudades-claves, que al adquirir preeminencia comercial sobre amplias áreas rurales, no pudieron o no quisieron ser lazos de transmisión de un sistema de dominación externo, pasando, aparentemente, a incorporar dentro de sí todas las funciones de dominación, la explotación inmediata del campo y la más elevada, como cúpula de todo el sistema. De esta manera, el carácter cada vez más comercial que ciertas ciudades venían adquiriendo en América Latina, entraba en contradicción con su carácter de ciudad de la conquista, esto es, de prolongamiento instrumental de un poder metropolitano que se volvía cada vez más externo hasta quedar extranjero. Esta contradicción era inevitable y estaba determinada a aparecer tarde o temprano. A la ciudad de la conquista le correspondería exportar, sin contrapartida, el máximo posible del excedente colonial, mientras que a la ciudad comercial le convenía venderlo por el mejor precio, maximizando el retorno. De esta manera, la ciudad comercial se hace portavoz de todos los intereses que anhelaban transformar el excedente comercializable en excedente *comercial* y, al aliarse con ello, se enfrenta y vence a la ciudad de la conquista.

DE LA CIUDAD COMERCIAL A LA CIUDAD INDUSTRIAL

El triunfo de las fuerzas urbanas y centralistas no sólo aseguró la formación de un cierto número de naciones de amplio territorio en América Latina; también aseguró el mantenimiento, en sus trazos esenciales, del sistema de explotación colonial del campo. No tanto "por la", sino "mediante la" ciudad. Como nadie ignora, la independencia no significó, de inmediato, para las nuevas naciones, algo más

13 "El *boom* del café, el fin del acuerdo arancelario con Inglaterra (1844) y, más tarde, el término del tráfico de esclavos (1850), contribuyeron al financiamiento de las victorias domésticas y extranjeras de Caxias ...". Campos, P. M., "El Ejército y el Imperio" (En *O Brasil Monárquico*, tomo II, vol. 4º de la *Historia Geral da Civilização Brasileira*, Sao Paulo, difusión europea del libro, 1971, p. 245). El mismo autor muestra cómo la "revitalización" del ejército, a partir de 1837, con el aumento de sus cuerpos militares de 6.000 a 15.000 hombres en tiempos de paz y a 18.000 hombres en tiempos de guerra, permitió las victorias de Caxias sobre la Balaiada, en el Maranhao (en 1840), sobre las revueltas en Sao Paulo y Minas (en 1842) y finalmente sobre la Farrapilha, en Río Grande do Sul, en 1845 (pp. 244-45).

que un cambio de metrópolis, siendo España y Portugal sustituidos por Inglaterra. La ciudad, sede ahora de un poder nacional, continuó en el plano económico desempeñando sus antiguas funciones, sustento del orden y canal de intermediación comercial y financiera, por el cual pasaba el mismo tipo, en general, de excedente de productos agrícolas y extractivos. La contrapartida se volvía algo mayor, ya que la parte tributada del excedente permanecía dentro de las fronteras nacionales, principalmente en la propia ciudad, donde aparece una nueva burocracia estatal.

En el fondo el carácter parasitario de la ciudad antes de la independencia se acentuó: En el período colonial, la capacidad de importación de las colonias estaba severamente limitada por el hecho de que buena parte de la renta excedente era destinada a la metrópoli. Esta limitación tenía por efecto reservar el mercado interno de la colonia para las manufacturas locales, parte de las cuales acabaron instalándose, dentro de ciertos límites, prósperamente en la ciudad. Se podría decir, por lo tanto, que la ciudad colonial había adquirido, poco antes de la independencia, un carácter artesanal de cierta importancia, todavía secundario en relación a sus funciones políticas y comerciales. La independencia, por sí misma, no alteró esta situación. Antes, por el contrario, las largas luchas acabaron por desorganizar, en cierta medida, el sector de mercado externo, ocasionando cierta contracción de las exportaciones hasta mediados del siglo XIX, lo que debe haber estimulado la producción artesanal Donghi (*op. cit.*), atribuye este hecho a factores externos, a la falta de capitales europeos o a su interés en dedicarse a la rehabilitación de las economías de exportación latinoamericanas. Parece más probable que el ambiente de incertidumbre política, que caracteriza las primeras décadas de vida nacional independiente en la mayoría de los países del continente, haya contribuido decisivamente a retardar la reconquista y expansión de las actividades exportadoras. Sea como fuese, en la segunda mitad del siglo pasado, el Sector de Mercado Externo pasa a aumentar, a ritmos nunca vistos, en varias partes de América Latina. La revolución industrial, que ya se encuentra entonces bien avanzada en el occidente europeo y en los Estados Unidos, crea condiciones para una amplia ofensiva comercial y financiera

de las nuevas potencias industriales, en cuya vanguardia se encuentra la Gran Bretaña y que va a afectar de modo intenso al continente. En Argentina surge, por primera vez, un vigoroso sector de mercado externo basado en la exportación de carne y cereales. En Brasil se expanden simultáneamente, en áreas diferentes, cultivos de café y de cacao y la extracción del hule. El café, el cacao, el algodón y el azúcar van a ser la base del establecimiento de importantes sectores de mercado externo en México, las Antillas, en Venezuela, en Colombia, etc. Algo más tarde, la explotación de nuevos minerales exigidos por el progreso tecnológico —petróleo, cobre, estaño, etc.— tendrá el mismo efecto.

Todo esto va a provocar una inmensa ampliación de la capacidad de importar, que ahora ya no será tasada por tributos recaudados por las metrópolis europeas. Su resultado es una sustitución de importaciones al revés: bienes industriales importados sustituyen en los mercados locales a los productos del artesanado, que tienden a arruinarse. La ciudad comercial revela entonces su carácter fundamentalmente colonial. Utiliza su hegemonía política sobre el campo para imponer la libertad de cambio, que favorece sus ganancias de: intermediación a costa de la manufactura nativa¹⁴. A partir de la ciudad comienzan a ser

14 El triunfo del libre cambismo en la mayoría de los países latinoamericanos podría ser interpretado también como resultado de la hegemonía de los intereses "agrarios" en relación a los "industriales", lo que configuraría una situación de hegemonía del campo en relación con la ciudad. Para no caer en una disputa apenas terminológica, es preciso resaltar que el grupo victorioso en las luchas que se libraron durante la primera mitad del siglo pasado, alrededor del carácter que las nuevas sociedades nacionales deberían tener, fue el de los latifundistas del sector de mercado externo, que se convirtieron en la nueva clase dominante. Los hacendados (ligados al sector de subsistencia y que producían excedentes para el mercado interno) se asociaron al ejercicio del poder, pero con un papel secundario. Consúltense, a este respecto, Cardoso, F. H. & Faletto, E., "Dependencia y Desarrollo en América Latina", Río, Zahar Ed., 1970, cap. III. En la mayor parte del continente, los plantadores y mineros explotaban el campo, pero integraban una constelación de intereses políticos, comerciales y financieros de innegable extracción urbana (la "oligarquía"). No habiendo industria moderna, tampoco podía haber una burguesía industrial urbana. Las manufacturas existentes se localizaban principalmente en las áreas de más difícil acceso a las mercancías importadas, esto es, en el interior de cada país, en lo que podría llamarse genéricamente el "campo". El artesanado urbano existente esa muy débil para poder enfrentarse solo, a la unión latifundista-comercial, de no ser apoyado por fuerzas rebeldes rurales, Criando ese apoyo se dio, sin embargo, acabé igualmente vencido.

construidos sistemas de transporte que sirven, por un lado, a la penetración de las actividades de exportación en nuevas áreas y, por otro, a la solidificación de la unidad política nacional. Por estos sistemas penetran también las mercancías extranjeras, cuyo triunfo en el mercado del interior es asegurado por la reducción en los costos de transporte.

Las líneas de crecimiento colonial, que producen las características básicas de la implantación urbana en América Latina, se mantienen y, en cierto modo, se acentúan. La extracción de excedente de alimentos del campo, destinado a la mantención de los que trabajan en el sector de mercado externo y de los que viven en la ciudad, será perfeccionada continuamente por la expansión del latifundismo, en tierras vírgenes (como en Brasil) o a costa de las comunidades indígenas (como en México y Perú). Se amplía el número de peones sujetos a la servidumbre por deudas; sin embargo, surgen también, en áreas limitadas, campesinos de origen europeo, cuya economía es relativamente menos abierta que la del latifundio. La ciudad se apropia ahora de una parcela ponderable de un excedente cada vez mayor. Esta crece de manera contradictoria. Lo alcanzan todos los que poseen rentas elevadas para gastar, incluyendo a los agentes comerciales y financieros del capitalismo europeo y norteamericano. Pero la ciudad atrae también una masa de migrantes del campo, inicialmente del campo europeo, en el cual la penetración del capitalismo está disolviendo antiguas relaciones de producción y libera fuerza de trabajo. Viene más tarde, va en pleno siglo actual, la difusión de normas sanitarias modernas que reducen la mortalidad en las áreas rurales latinoamericanas, ocasionando un flujo de migración a la ciudad, que se acentúa con el tiempo. Surge, por lo tanto, en la ciudad, un proletariado ocupado precariamente en servicios, pero que tendrá importancia como elemento constitutivo de un mercado interno para productos industriales.

El florecimiento de la economía colonial en la América Latina independiente es menos paradójico de lo que parece. Se comprende eso cuando se considera que el movimiento por la emancipación política no trajo consigo ningún cambio en la relación de fuerza entre las clases. La promesa de liberación de los esclavos

y la división de los latifundios no fueron cumplidas y no podrían, pues las clases que se habrían beneficiado con ellas no tenían capacidad para organizar un poder nacional. Peones, esclavos, indios, vivían en comunidades aisladas y su particularismo local los volvía políticamente impotentes. A no ser cuando eran organizados por intereses urbanos, que naturalmente los utilizaban para sus propios fines¹⁵. De esta manera, no ha habido todavía una revolución latinoamericana, y los tipos de estructura de dominación que se consolidaron después de la independencia sólo podrán promover el crecimiento de la economía bajo moldes coloniales.

La crisis de la economía colonial se origina a partir del exterior, siendo un reflejo de la crisis general por la cual pasa el capitalismo, a escala mundial, a partir de 1914. Ya antes las crisis de coyuntura habían reducido periódicamente la capacidad de importar de los países latinoamericanos, con consecuencias diametralmente opuestas en el campo y en la ciudad. En el campo, la reducción de la disponibilidad de mercancías extranjeras condujo a un resurgimiento precario del artesanado, en condiciones muy primitivas, como se puede observar en el interior del nordeste brasileño desde que se inicia la decadencia de la economía azucarera. En la ciudad, el mismo hecho da lugar a tendencias más o menos efímeras de industrialización por sustitución de importaciones. Tales aspiraciones retroceden nuevamente cuando, a la depresión, le sigue nuevamente un "boom" de exportaciones, pero dejan vestigios. Ciertas actividades industriales echan raíces en la economía urbana, beneficiándose con la proximidad del mercado y con el bajo costo de la mano de obra. Debe señalarse que el mismo desarrollo urbano proporciona importantes economías externas a esta industria de coyuntura: energía eléctrica, transporte, finanzas. Se consolidan de esta forma intereses industriales en algunas de las grandes ciudades del continente. Hay casos en que tales intereses son ya suficientemente po-

15 Bolívar, principalmente, movilizó buena parte de sus contingentes a estratos "rurales que se oponían al sistema de explotación colonial. Pero, una vez obtenida la independencia, la "oligarquía" estableció poco a poco su hegemonía, contando para ello con la ayuda exterior en ciertas ocasiones y sobre todo gracias al hecho de ser el único grupo cuyos intereses sobrepasaban las fronteras locales. En la película "Quemada", esta contradicción está muy bien expresada.

derosos para imponer obstáculos a la libertad de cambio, protegiendo sus posiciones en el mercado interno. Con la crisis general para el comercio en el mundo, que significó la Primera Guerra Mundial, estas tendencias se acentuaron, produciendo en la postguerra una fractura en el consenso político urbano de los países que experimentaron cierta industrialización mientras duró el conflicto: a la oligarquía comercial-latifundista se opondrá una naciente burguesía industrial.

En este punto, la posibilidad de generalizar para América Latina en conjunto, aunque sea en un nivel elevado de abstracción, deja de existir. El continente pasa por una diferenciación creciente: en algunos países, la burguesía industrial conquistó la hegemonía e inauguró una era de desarrollo industrial; en otros, la oligarquía mantiene su dominio y la economía colonial se mantiene en sus líneas esenciales; en Cuba, finalmente, la burguesía y la oligarquía fueron derrumbadas por una revolución que inauguró, en suelo americano, una experiencia nunca antes vivida.

Es interesante analizar la relación entre el grado de desarrollo urbano logrado por los diversos países latinoamericanos y el inicio de su proceso de industrialización. Como se vio, la ciudad, en esos momentos (1914-1930), era básicamente antindustrial. Era el bastión de los intereses oligárquicos, que favorecían la integración creciente del país en la división internacional del trabajo, como productor especializado de productos primarios. Pero, no por ello, la ciudad deja de ser también el gran mercado interno de productos industriales, en general importados. Cuando se manifiesta la escasez de esos productos, por crisis inducidas desde el exterior, la sociedad urbana no tiene cómo resucitar formas muertas de producción artesanal. Proceso que en el campo se vuelve viable, porque en él el artesanado nunca fue exterminado totalmente, y mantenía todavía cierta clientela entre los estratos más pobres de la población. Los patrones de consumo del morador de la ciudad, sin embargo, no pueden ser más satisfechos por productos artesanales. (Como la vida urbana moderna ya es un producto de la industrialización, requiere de bienes industriales: energía eléctrica, transportes motorizados, utensilios domésticos, etc.).

En estas circunstancias, la sustitución de importaciones se vuelve casi inevitable, *desde que* el mercado constituido por la población urbana sea suficientemente amplio para justificar la instalación de unidades fabriles modernas. De manera que el principio de la industrialización es principalmente su permanencia más allá de la etapa de sustitución de bienes de consumo no durables y depende del grado de desarrollo urbano alcanzado anteriormente. Las raíces del proceso se encuentran, por lo tanto, en el pasado colonial, en la capacidad que tuvo la ciudad comercial, a principios del siglo XIX, para organizar políticamente una mayor o menor área territorial y, con el tiempo, de volverla una nación. Pues no hay duda de que el tamaño de la economía urbana de cada país latinoamericano está básicamente en función del tamaño de su territorio y de su población. Así, en el período que fue decisivo para la industrialización en la mayor parte de estos países, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, los mayores mercados urbanos se situaban también en los países de mayor territorio y población: Argentina, Brasil y México.

En algunos de los países medios, como Chile y Colombia, por ejemplo, mercados urbanos algo menores, pero aun así ponderables, pudieron servir más tarde de base al proceso de industrialización mediante la sustitución de importaciones. En estos países, sin embargo, la industrialización fue más precaria, sufriendo severas limitaciones debido a la estrechez del mercado interno. En otros países, de base urbana *grosso modo* equivalente, la industrialización comenzó mucho más tardíamente, como en el caso de Venezuela, de Perú y de Cuba. Los países pequeños, no por casualidad, se mostraron impotentes para sostener un proceso sistemático de sustitución de importaciones¹⁶.

Siendo la industria una actividad eminentemente urbana, su nacimiento y expansión vuelve productiva a la ciudad latinoamericana por primera vez desde la conquista. En su intercambio con el campo, la ciudad puede, finalmente, ofrecer una contrapartida econó-

¹⁶ La reciente Institución de mercados comunes en América Latina, principalmente el Centroamericano y el Bloque Andino, constituye una "corrección" a *posteriori* del mapa político del continente, en el cual las naciones medias y pequeñas ofrecen reducida viabilidad industrial.

mica a cambio del excedente de alimentos. Sólo a partir de entonces se establece una verdadera división del trabajo entre ciudad y campo. Pero esta división estará fundamentalmente viciada por las relaciones de explotación preexistentes. Los mecanismos por los cuales la ciudad extraía el excedente de alimentos del campo, bajo la forma de tributos, remuneración por servicios de intermediación (lucros comerciales y leyes) y renta de la tierra, mecanismos heredados del período colonial y perfeccionados después de la independencia, no fueron abolidos de una vez por la industrialización. De esta manera, la contrapartida de productos industriales ofrecidos por la ciudad a cambio del excedente de alimentos obtenido del campo, tendía a ser muy pequeños, principalmente debido al reducido poder adquisitivo de la población rural. Sólo en un estado mucho más avanzado de industrialización, cuando la ciudad crece a tasas mucho más elevadas, expandiendo aceleradamente su demanda de alimentos y materias primas agrícolas o extractivas, las viejas formas de explotación del campo serán parcialmente abandonadas, surgiendo en las áreas más accesibles al mercado urbano una agricultura capitalista, cuyos productos alcanzan precios que cubren sus costos y proporcionan al capital tasas adecuadas de lucro.

Es por eso que durante un amplio período (que en Brasil, por ejemplo, todavía no está cerrado) la industrialización se efectúa al margen del campo, esto es, sin que el mercado, representado por la población rural y la de las pequeñas ciudades, desempeñe ningún papel decisivo. En un país de gran territorio, irregularmente poblado, como Brasil, la unificación del mercado interno significa prácticamente apenas la interrelación del principal polo industrial (Sao Paulo) con las capitales regionales más importantes: Río, Porto Alegre, Recife, Salvador, Belo Horizonte.

En el fondo, el mantenimiento de los viejos mecanismos de explotación y de transferencia del excedente, del campo a la ciudad, resultó del hecho de que la industrialización en la mayoría de los países latinoamericanos no provino de una transformación revolucionaria de la antigua estructura de dominación, sino de un reacomodo de la misma. A la oligarquía le fue permitido retener la propiedad de la tierra y las formas de explotación semiservil

de la mano de obra. El latifundio se mantuvo como forma fundamental de organización productiva en el sector de subsistencia. En el mismo México, donde la Revolución desencadenó, con atraso, una amplia reforma agraria, las viejas relaciones de producción todavía persisten en el campo, tal vez atenuadas, y el latifundio se mantuvo o se reconstituyó en muchas áreas. El hecho fundamental es que la pobreza del hombre del campo no fue tocada, a pesar de la industrialización, en ningún país de América Latina, con la notable excepción de Cuba, el único país donde las relaciones entre campo y ciudad sufrieron cambios fundamentales.

El desarrollo capitalista trae consigo un sesgo notable a favor de la ciudad en perjuicio del campo. Este va siendo paulatinamente despojado de una actividad productiva, después de otra, hasta que en él quedan únicamente las actividades primarias. Cada rama que así se desprende de la agricultura reaparece en la ciudad tecnológicamente revolucionada: industrial, comercio, finanzas, etc. A esta migración de actividades le sigue (aunque no siempre con el mismo ritmo) la migración de la mano de obra, que lleva, finalmente, al debilitamiento paulatino del campo, creando así las condiciones para un desarrollo igualmente revolucionario de las fuerzas productivas en la agricultura. El desarrollo capitalista en América Latina, considerando solamente a los países que efectivamente se lanzaron a él entre las dos guerras mundiales, se circunscribió a la ciudad durante un largo período, sin provocar cambios concomitantes en el campo. El carácter cerrado de la hacienda de subsistencia retardó el desprendimiento de las actividades manufactureras de la agricultura, obstaculizando, al mismo tiempo, la migración de los trabajadores. Se creó, de esta manera, un abismo mucho más profundo entre campo y ciudad, cuya industrialización prescindía del mercado rural para sus productos, dado el insignificante poder adquisitivo de sus habitantes. Como esta capacidad adquisitiva del hombre del campo resultaba de relaciones de producción semiserviles, impuestas a partir de la ciudad, su mantenimiento encontraba en la hegemonía política de la ciudad un importante punto de apoyo. Dentro de la ciudad, la hegemonía de las clases propietarias dependía, muchas veces, de su alianza con la oligarquía o sectores de ella. Esta alianza, re-

forzada por lazos económicos entre los dos grupos, tendía a ser más efectiva que la que tendía a unir trabajadores del campo y de la ciudad.

Es esto lo que muestra el análisis histórico. La transformación de la ciudad de la conquistada en ciudad comercial se hace mediante una superación dialéctica, en que la característica básica de la primera —explotación del campo mediante su dominio político— quedó preservada ("aufgehoben") en la segunda. De la misma manera, cuando la ciudad comercial

temprano o más tarde por obstruir la continuidad de ese mismo desarrollo. Es evidente que actualmente, en muchos países del continente, el latifundio no consigue ya retener la mano de obra en el campo. Las inmensas oleadas de migrantes que llegan a la ciudad quebran el equilibrio estático de las relaciones entre campo y ciudad. El tumultuoso crecimiento de la población urbana provoca, tarde o temprano, la necesidad de que las técnicas de producción agrícola sean revolucionadas. En estas condiciones las formas tradicionales